Ejército de tierra español

DICIEMBRE DE 2010
AÑO LXXI

NÚMERO 836

- China - Estados Unidos: ¿G2 o bipolaridad?
- Violencia, guerra, paz
- El empleo de la fuerza en el conflicto asimétrico

ISSN 1696-7178

Conclusiones del XVIII Curso Internacional de Defensa

«Medios de comunicación y operaciones militares»

Masacre de la expedición de Villasur.
Dibujo sobre piel de vaca. Museo de Historia. Nebraska

LA expedición a Nebraska de Pedro Villasur

José Enrique López Jiménez.
Teniente Coronel. Ingenieros.

A la memoria de los españoles que murieron en la expedición de Villasur y a todos los que defendiendo nuestras posesiones americanas, dejaron su vida para siempre.

Relato de un triste y poco conocido hecho histórico que, de haber concluido con éxito, habría sido el inicio de otras expediciones hacia el Norte y, quizás, habría cambiado la historia de los Estados Unidos.

Durante los siglos XVII, XVIII y hasta bien entrado el XIX, España controló una porción importante del actual territorio de los EEUU. Después de la conquista de Méjico, los españoles se habían establecido al sur de las Grandes Llanuras fundando la ciudad de Santa Fe en 1610. A lo largo del siglo XVIII nuestros compatriotas fueron penetrando hacia el Norte construyendo misiones, fortificaciones y colonizando la nuevas tierras. El puesto español más avanzado en el interior de Nuevo Méjico era el presidio[1] de Taos, cuya guarnición, al igual que la del resto de fortines, la constituían principalmente los Dragones de cuera[2].

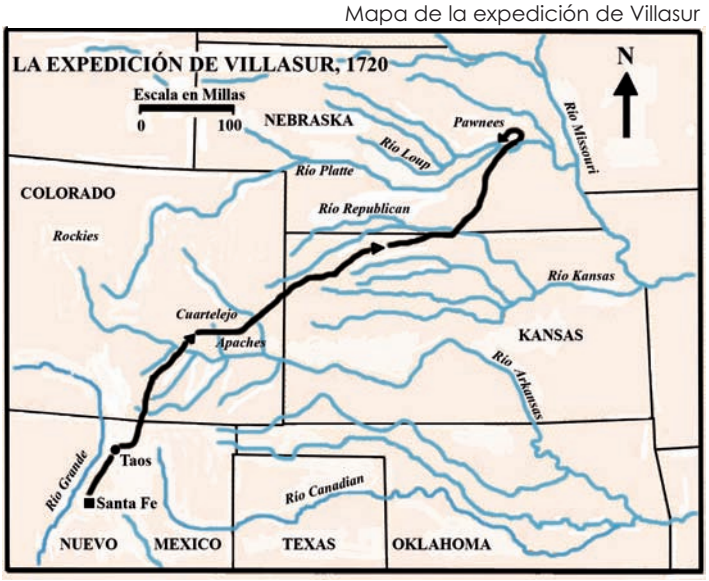
El inicio de la guerra con Francia en 1719 y la noticia de presencia francesa en el valle del río Mississippi fueron la causa y origen de la trágica expedición de Pedro de Villasur en 1720. El año anterior otra expedición española al mando del gobernador Antonio Valverde y Cossío había llegado al norte de Nuevo Méjico y Colorado donde los apaches les informaron de que había franceses en las Grandes Llanuras comerciando y entregando armas a una nueva tribu hasta entonces desconocida, cuyos miembros se pintaban la cara de rojo y eran feroces guerreros, los pawnees. Incluso recibieron informes erróneos de que 600 franceses habían atacado a indios aliados de los españoles a solo setenta horas de camino desde Santa Fe.

A su regreso a esta localidad, Valverde comunicó al virrey Valero las noticias obtenidas y

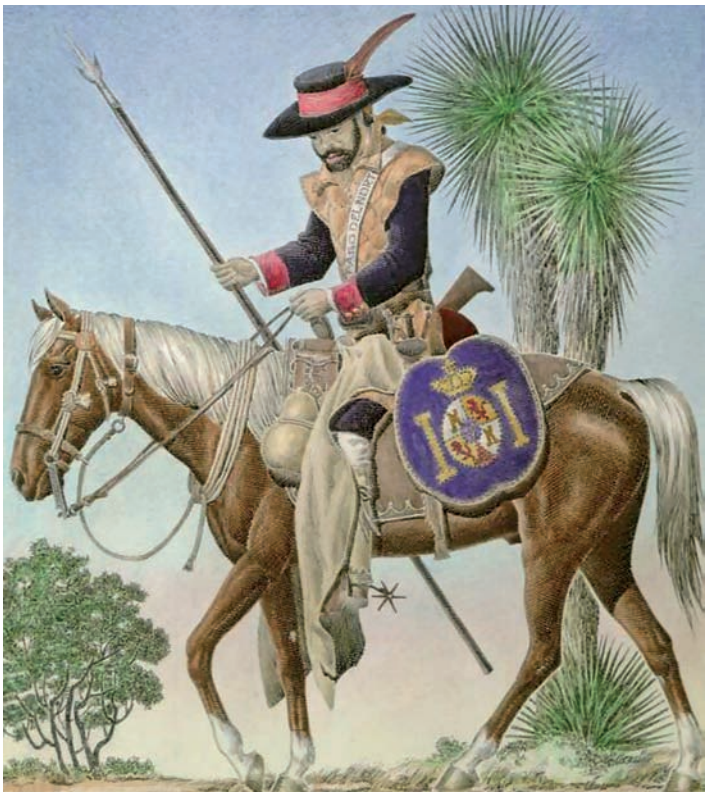
este le ordenó establecer un presidio en la zona de El Cuartelejo donde se asentaban apaches e indios pueblo. Además, debía enviar una expedición al Norte para confirmar la información sobre los franceses. Valverde formó la expedición y dio el mando a su segundo, el teniente gobernador Pedro de Villasur. Con Villasur irían también: en calidad de intérprete, un francés llamado Jean L'Archevêque que había sido prisionero en España y que había llegado a América después de su liberación como soldado español y súbdito de la Corona; el capitán de guerra José Naranjo, hijo de negro e india que había alcanzado con otras expediciones el río Platte y que sería el jefe de los exploradores indios; un sacerdote, el padre Juan Mínguez; unos 60 indios auxiliares pueblo, aliados de los españoles; 42 dragones de cuera, los experimentados y bien instruidos soldados de Caballería armados con lanzas, escudos, carabinas, pistolas; y junto al resto de bagajes, algunos caballos de refresco. Es de destacar que entre los dragones se encontraba el cabo Felipe Tamariz que escribió un diario de la expedición y aunque con algunas imprecisiones, permite más o menos conocer la ruta que siguió la columna hasta las tierras del interior de los Estados Unidos.

La expedición partió a mitad de junio de 1720, atravesó el río Arkansas, pasó por El Cuartelejo y recorrió el territorio de los actuales estados norteamericanos de Nuevo Méjico, Colorado, Kansas y Nebraska llegando al sur del río Platte junto a las Grandes Llanuras, prácticamente al centro de los Estados Unidos, el 6 de agosto de 1720. Como el territorio les era desconocido, Villasur consultó con sus oficiales qué hacer. Si conseguían contactar con los pawnees, podrían saber algo de sus enemigos los franceses. Las opciones eran quedarse donde estaban y enviar un emisario a Santa Fe para recibir ins-

Mapa de la expedición de Villasur



Dragón de cuera



trucciones, lo que parecía una locura, o seguir avanzando. Se decidió lo último y el 7 de agosto cruzaron el río que Tamariz describe en su diario como largo y ancho (el Platte) y al que los españoles denominaron río de Jesús y María. A continuación cruzaron otro río, el Loup, al que bautizaron con el nombre de río San Lorenzo ya que faltaban tres días para el 10 de agosto, festividad de este santo. Como sigue narrando Tamariz solo cruzar el Platte les llevó más de un día debido a la cantidad de bagajes y equipo que tenían que transportar y ese mismo día siete, los exploradores indios de José Naranjo divisaron a un grupo de Pawnees bailando una danza guerrera a unas ocho leguas río abajo.

En la expedición iba también un joven pawnee que había sido esclavo de los apaches y ahora era sirviente de uno de los oficiales españoles, el capitán Serna. Este pawnee cristianizado con el nombre de Francisco Sistaca fue enviado por Villasur a parlamentar con su pueblo cometiendo el jefe de la expedición la imprudencia de pedirle que preguntara si había franceses en su poblado situado a escasos kilómetros más adelante, al sur del río Platte. Sistaca regresó con algunos pawnees a los que Villasur entregó algunos presentes como muestra de amistad para que los llevaran a su campamento.

Guerrero pawnee

Al día siguiente llegaron otros pawnees, esta vez sin Sistaca al que nunca se volvió a ver y de quien se sospecha traicionó a los españoles. Como Villasur no pudo entenderse con ellos, L'Archevêque escribió un mensaje en francés para los jefes de los pawnees; esperaron durante dos días la respuesta que nunca llegó. Pronto los indios comenzaron a mostrarse hostiles. Villasur decidió volver a cruzar el río Loup y acampó en un prado cercano rodeado de juncos en las proximidades de la orilla. A pesar de contar con experimentados oficiales que podían aconsejarle, Villasur no pudo escoger peor sitio para pasar la noche. Prácticamente sin protección alguna y con un temible enemigo acechando, los españoles se dispusieron a dormir aquel 13 de agosto de 1720 confiando en la superioridad de sus armas, dejando incomprensiblemente la responsabilidad de la guardia a los auxiliares indios. Estos, fatigados de tantas jornadas de marcha, posiblemente se durmieron aunque se escucharon en la lejanía los ladridos de algunos perros como un preaviso de lo que iba a pasar. Unos pocos soldados españoles se situaron más alejados para vigilar los caballos y en otro campamento próximo se establecieron los indios pueblo aliados.

De lo que sucedió a continuación solo se pueden hacer conjeturas ya que el diario de Tamariz no narra los combates. Se sabe por los informes de los supervivientes que al amanecer del 14 de agosto los pawnees, acompañados por algunos franceses y aprovechando las altas hierbas para ocultarse, atacaron el campamento de los españoles. Con las primeras flechas y los primeros disparos algunos soldados no tuvieron tiempo de despertarse al ser muertos o heridos. El resto de los dragones de cuera formaron en círculo para defenderse de los ataques. Villasur envió al soldado Domingo Mendizábal a su tienda para que le trajera su carabina pero no tuvo tiempo de entregársela ya que Villasur fue de los primeros en morir. Aunque varias veces consiguieron repeler los ataques, al final se impuso la abrumadora superioridad de los pawnees y los combates duraron escasos minutos. 35 soldados españoles fueron muertos, también cayeron el capitán de los exploradores José Naranjo, el sacerdote Juan Mínguez y el intérprete de origen francés Jean L'Archevêque que casi con toda seguridad montaba su caballo y que fue abandonado por su sirviente también herido cuando comprobó que su señor había fallecido.

Al estar más alejado su campamento, los indios pueblo solo tuvieron once muertos. Tres de los soldados que custodiaban los caballos ensillaron sus monturas y cargaron hacia el círculo defensivo para ayudar a sus compañeros y resultaron también asesinados. Solo sobrevivieron siete soldados españoles y unos 45 indios pueblo. Los pawnees no persiguieron a los que consiguieron escapar a caballo debido al elevado número de bajas que padecieron y a que se entretuvieron en saquear el campamento español.

Se conocen los nombres de algunos de los supervivientes: Antonio de Armenta, Melchor Rodríguez, Manuel Tenorio de Alba, Alonso Rael de Aguilar, el sirviente de L'Archevêque de nombre Santiago Giravalle y el relator de la expedición Felipe Tamariz que llegaron a Santa Fe el 6 de septiembre.

Lo que ocurrió con el diario de Tamariz es verdaderamente asombroso ya que su autor lo perdió en los ataques. Los indios pawnees lo encontraron y lo custodiaron hasta que en 1921 fue publicado.

Las noticias de la masacre se recibieron con auténtica desolación en Santa Fe, la muerte de 35 dragones de cuera en una guarnición de apenas 150 para todo Nuevo Méjico era un verdadero desastre. Valverde no tenía hombres suficientes para organizar una nueva expedición para informarse de las actividades de los franceses, y notificó al Virrey lo siguiente: *«Estoy convencido de que los agresores deben haber sido hugonotes heréticos, que en su insolente atrevimiento ni siquiera perdonaron la inocencia del sacerdote que iba como capellán»*[3].

Sin embargo, fue ordenada una investigación por el Virrey e instruida por el brigadier Don Pedro de Rivera, Visitador General de las Guarniciones de Frontera en Nueva España. En la instrucción abierta declararon entre otros Rael de Aguilar y Felipe Tamariz. Aunque muchos de los documentos se han perdido para siempre, en los archivos de Santa Fe se encontraron las siguientes conclusiones del auditor, muy duras con Villasur por las decisiones tomadas la noche anterior a los enfrentamientos. También se censura al gobernador Antonio Valverde por no dirigir él mismo la expedición y encomendarla a su teniente gobernador Pedro de Villasur, un oficial poco experimentado en las guerras con los indios:

«Es cierto, que cuando don Antonio Valverde por si hubiese tenido la justa causa que alegó, para no pasar a esta expedición, como ofreció; no la tuvo para fiarla a este teniente suyo, tan poco experto, como manifiesta la serie de este justificado hecho; pues si hubiese sido experto, no hubiese querido, como quiso pasar el río, inmediato a los pawnees, para entrarse en su población con su gente; pues sin tener amistad previamente asentada, y segura con ellos, entrarla sin este seguro era sacrificarla, mayormente cuando estaba conocido el ánimo sospechoso de los pawnees, así en haber retenido el enviado de los españoles, como en haber enviado al campo de los españoles indios de las reservas, y malicia, que se conoció. Lo segundo, se conoce su inexperiencia de haber enviado a los pawnees a preguntar, qué gente vivía entre ellos, sin tener antes asegurada su buena correspondencia: cuando habiendo entre ellos franceses, y en guerra su nación con la nuestra, era forzoso, que no respondiesen a la pregunta, sino con las armas. Lo tercero, que declarado más el ánimo, con haber apresado en el río a nuestros confederados y por esto resultase en la junta de guerra la retirada del otro río, debió sobre este ponerse centinela de nuestros españoles más desvelados, y no confiarse a los indios, que fatigados con la marcha de un día, y naturalmente descuidados, era muy contingente, y necesario se rindiesen al sueño, como se comprobó. Lo cuarto, que una vez, que estaba en país enemigo, debió poner piquetes españoles, que observasen el movimiento de los enemigos, ya declarados por sus acciones. Lo quinto, que una vez que se sintió ruido de nadadores en el río, en el silencio de la noche, y que creyó era de enemigos, debió aumentarse el cuidado, y ponerse centinelas sobre el mismo campo, para el aviso. Lo sexto, que una vez, que el perro con su ladrido, les dio el aviso de sus amos los enemigos, debió despertarlos del descuido en que dormían, y mantener unida la escuadra, que estaba en la custodia de la caballería, que se les acercó, y mandarla retirar como se hizo»[4 y 5].

Por su negligencia Valverde fue multado con 200 pesos, de ellos *«50 por la caridad de*

las almas de los soldados muertos y los otros 150 para ayudar en la compra de los cálices y de los ornamentos de la misión y apaciguar a los familiares que demandan su castigo»[6].

Quizás la condena parezca muy leve, pero si analizamos las circunstancias en las que Valverde tomó sus decisiones, casi con toda seguridad concluiríamos que no se le puede hacer tan culpable del desastre. Él confió el mando de tan difícil empresa a su segundo para no tener que abandonar Santa Fe y dejar sin gobernador los territorios de Nuevo Méjico, además, entregó a sus mejores hombres a Villasur, especialmente al capitán José Naranjo y al intérprete francés Jean L'Archevêque y aprovisionó con todo lo que pudo a la expedición. No pensaron así las autoridades españolas ya que poco tiempo después, Valverde fue sustituido por otro gobernador para Nuevo Méjico, don Juan Domingo Bustamante.

Basándose en los relatos de los supervivientes un artista desconocido, posiblemente algún indio pueblo o quizás apache, dibujó sobre tres pieles de búfalo la masacre de la expedición de Villasur. Los originales que fueron enviados en 1758 por el fraile Philipp von Segesser a su hermano en Suiza, se encuentran ahora tras muchas vicisitudes en el Museo de Santa Fe en Nuevo Méjico. Copia de las mismas hechas sobre pieles de vaca se hallan en el Museo de Historia de Nebraska. En la composición principal puede verse a los dragones de cuera con sus sombreros de ala ancha y sus abrigos largos sin mangas (las cueras) formados en círculo y defendiéndose de los ataques de pawnees y franceses. También se distingue a Villasur vestido de rojo y a un oficial a caballo que se ha identificado como José Naranjo. De rodillas asistiendo a un moribundo se puede reconocer al padre Mínguez.

En el lugar donde ocurrieron los hechos, un panel conmemorativo describe y recuerda la expedición. Excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en 1914 en el lugar de la batalla sacaron a la luz restos de armaduras, proyectiles, armas y algunas monedas de origen español.

Si la expedición de Villasur hubiese terminado con un clamoroso éxito, otras expediciones se habrían aventurado hacia el Norte, cambiando quizás la historia de los Estados Unidos.

NOTAS

[1] Las acepciones de esta palabra no solo incluyen la de establecimiento penitenciario sino también, como en este caso, la ciudad o fortaleza guarnecida por tropas. Curiosamente en inglés se escribe igual para denominar las fortalezas españolas construidas en el sudoeste de los EEUU.

[2] Los dragones de cuera eran los soldados de Caballería españoles encargados de vigilar la frontera norte de los territorios de España en América. Creados a finales del siglo XVI para proteger los presidios o fortificaciones también eran denominados tropas presidiales. Se caracterizaban por vestir sombrero de ala ancha y un abrigo de piel (la cuera) sin mangas, confeccionado con varias capas de cuero para protegerlos de las flechas de los indios.

[3] Citado en Sandoz, Mari. *The Beaver Men.* University of Nebraska. Pág 101.

[4] Citado en Bandelier, Adolph Francis Alphonse. *Hemenway South-western Archaeological Expedition.* . 1890. Pág 200.

[5] Aunque se ha mantenido el estilo literario del texto original, muchos vocablos se han modificado al español actual para facilitar su comprensión.

[6] Citado en Bandelier, Adolph Francis Alphonse. Op. Cit.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

– Bandelier, Adolph Francis Alphonse. *Hemenway South-western Archaeological Expedition. Contributions to the history of the south-western portion of the United States.* . 1890.
– Hickey, Donald; Wunder, Susan and Wunder, John. *Nebraska Moments.* University of Nebraska. 2007.
– Kessel, John L. *Spain in the Southwest. A Narrative History of Colonial New Mexico, Arizona, Texas and California.* University of Oklahoma Press. 2002.
– Martínez Láinez, Fernando y Canales Torres, Carlos. *Banderas Lejanas.* Editorial EDAF. 2009.
– Sandoz, Mari. *The Beaver Men.* University of Nebraska. 1978. ■